

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 22 de Junio de 1879.

Núm. 25.

SUMARIO.

LA ELOCUENCIA CRISTIANA, por E. Menechet.—
EL ROCÍO, por D. Francisco Munuera Arnaez.—Poesía: Á MERCEDES DE VELILLA, por D. Antonio Aguilar.—Novela: LA TORRE-CIEGA, leyenda-tradicional, por D. Francisco Arróniz y Thómas.—Mosáico por Asdrúbal.

LA ELOCUENCIA CRISTIANA.

(Continuacion.)

I

Gregorio principi6 con una constancia admirable su obra; los insultos de sus enemigos no le arredraban, las intrigas que le cercaron no pudieron hacerle desistir de sus planes. El lo resistia todo sin hacer uso más que de un arma que esgrimia con acierto: su elocuente palabra.

Muchas veces penetraron en el templo suyo turbas dispuestas á burlarse del anciano predicador y salieron tributándole merecidos elogios, completamente fascinados por sus elocuentes frases.

Poco á poco fué recobrando el terreno perdido; el emperador le dió su proteccion, el número de fieles aumentaba, el arrianismo se estrellaba impotente ante la conmovedora palabra del orador católico, pero á pesar de todo, ni la dulzura de este ni su génio pudieron enteramente restablecer la paz en la iglesia de Constantinopla.

Gregorio quiso ent6nces alejarse de aquellas asambleas tumultuosas, que no podian calmar ni su sabiduria ni su palabra y soñó en el retiro. En vano su pueblo le rogó que no le abandonara; ape-

sar de conmoveerse con estas demostraciones, permaneci6 inflexible.

Antes de abandonar á Constantinopla pronunci6 en la iglesia mayor de esta Capital, en presencia de los obispos del concilio, el discurso célebre de los *adioses* (que así se llama) y que termina con esta elocuente oracion:

«Adios, Anastasia, (1) nombre que recibiste por tu piedad; adios, vosotros todos, que habeis hecho renacer de sus ruinas la doctrina santa tirada por el lodo; vosotros sois el trofeo de la victoria, los que habeis dotenido el arca santa errante largo tiempo por el desierto; adios, templo para siempre célebre, tan débil en tus principios y fuerte hoy porque con nuestros cuidados eres una nueva Jerusalem; adios, basilica augusta; adios, santos ap6stoles, que desde el cielo me habeis iluminado en los combates que he tenido que sostener; adios, sede pontifical, trono brillante, pero peligroso y muy expuesto, por desgracia, á las miradas de la envidial Dignidades, Sacerdotes, más venerables todavia por vuestras virtudes que por vuestra edad, y vosotros todos, ministros de los altares sagrados, que tan próximos estais al Dios vivo; adios, coro de Nazarenos, dulzura de la salmodia, estaciones nocturnas, vírgenes castas, mugeres modestas, asamblea de viudas y huérfanos, pobres que siempre teneis vueltos los ojos hácia Dios y hácia mí; hospitales donde yo mismo he encontrado un asilo en mis infortunios; adios, auditorio tan solícito en escucharme, que os he visto correr desde léjos para recojer mis palabras, y consignarlas por escrito; adios, emperador, palacio, cortesanos....! Esta voz que os ha parecido siempre tan elocuente, será desde hoy en adelante condenada al silencio.»

Descendi6 voluntariamente de la silla apost6lica de Constantinopla, se encamin6 Gregorio hacia la Capadocia, se detuvo un momento en Cesárea y visit6 á Nacianzo donde permaneci6 muy po-

[1] Era el nombre de la iglesia, y quiere decir «resurreccion de la fé.»

